

Lamennais y los novelistas sociales*

Por Adriana SANDOVAL

Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM

JESÚS REYES HEROLÉS (1985: 230) y otros estudiosos del liberalismo y del periodo de la Reforma ya han advertido la importancia que Hugues-Félicité Robert de Lamennais (1782-1854)¹ significó para varios escritores mexicanos del siglo antepasado. Este aristócrata bretón, de la primera generación de románticos franceses, publicó junto con su hermano Jean-Marie, en 1808, un texto cuyo título se explica por sí mismo: *Reflexiones en torno al estado de la Iglesia en Francia durante el siglo XVIII y a su situación actual (Réflexions sur l'état de l'Église en France pendant le 18ème siècle, et sur sa situation actuelle)*, cuya propuesta era una revitalización del catolicismo y de la Iglesia francesa. El involucramiento de Robert con la Iglesia lo llevó a seguir a su hermano en la carrera del sacerdocio, de manera que se ordenó ocho años después, en 1816.

Bajo la guía de su director y consejero espiritual, Lamennais escribió lo que fue el primer volumen de su *Ensayo en torno a la indiferencia religiosa (Essai sur l'indifférence en matière de religion)*, a fines de 1817. Esta apología de la religión gozó de un éxito inmediato (Oldfield 1973: 11), dado que el proceso de secularización y laicismo posterior a la Revolución Francesa había propiciado, en algunos medios, una búsqueda religiosa y artística, alimentada, asimismo, por el elemento espiritual del romanticismo. El segundo volumen, aparecido tres años después, no gozó del mismo éxito e incluso fue objeto de numerosas críticas. En respuesta, Lamennais escribió su *Défense de l'Essai sur l'indifférence en matière de religion* (1821). Los volúmenes tres y cuatro aparecieron dos años después, en 1823.

* Agradezco al doctor Mauricio Beuchot su atenta lectura de este artículo, al igual que sus comentarios.

¹ Desde luego, Lamennais no fue la única influencia en el área religioso-política en México. Para la influencia de Lamennais en el ámbito de la poesía decimonónica mexicana, en particular la de esta época, con base en el caso de Manuel Carpio, véase el artículo de Pablo Mora, "Manuel Carpio: poeta entre ruinas", *Literatura Mexicana*, 11.1 (2000), pp. 95-111, y del mismo autor, "Restauración y catolicismo en las letras de México: 1830-1850", en Rafael Olea, ed., *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 615-630, donde se mencionan otros personajes leídos en México, como Chateaubriand, Bossuet *et al.*

Lamennais y varios de sus discípulos, amigos y simpatizantes,² formaron la Congregación de San Pedro (1828), cuyos propósitos eran vincular a la religión con las necesidades del mundo moderno, dentro del contexto de una situación mundial cambiante, así como crear “un conjunto de doctrina católica que abarcara la teología, la filosofía y las ciencias” (Benichou 1984: 134). Durante trece meses, a partir de agosto de 1830, Lamennais, junto con algunos miembros de su congregación, lanzó el periódico *L'Avenir* (1830) (*El Porvenir*),³ a fin de promover tanto la religión como la libertad: su lema era “Dios y Libertad”.⁴ Ahí se hacía un llamado a los católicos para llevar a cabo un movimiento a favor de la democracia política y la justicia económica, se planteaban principios democráticos para la Iglesia, y se proponía la separación entre ésta y el Estado.⁵ Estos creyentes franceses, que fueron parte de un nuevo movimiento en la Iglesia francesa, manifestaban una preocupación romántica por el medievalismo, con un lenguaje exaltadamente romántico, permeado de fuertes emociones. Si bien algunos sentimientos similares estaban apareciendo en otras partes del mundo —como en el llamado “Movimiento de Oxford”—, la característica específica de la versión francesa se manifestaba en la obsesión de Lamennais por la fuerza social de la Iglesia (Johnson 1980: 385).

Frente a las críticas de algunos obispos franceses, Lamennais y sus seguidores intentaron, ingenuamente, conversar con el Papa sobre las cuestiones religiosas que los inquietaban.⁶ Las entrevistas fueron infructuosas.⁷ Seis meses después, Lamennais recibió del papa Gregorio XVI la encíclica *Mirari vos* (1832), donde, sin mencionar el nombre del bretón, se condenaban las ideas expuestas en *L'Avenir* y se asumía

² Entre ellos se encontraban Henri-Baptiste Lacordaire, hijo de un cirujano borgoñés, cura y liberal, y el conde Charles de Montalembert, un aristócrata romántico con los ojos puestos en el medioevo.

³ El número de suscriptores del periódico era muy bajo (alrededor de 2 000), pero su influencia entre los católicos, especialmente los jóvenes, fue significativa (Johnson 1980: 387); nótese el título del periódico, al respecto Benichou señala que “esta preeminencia del porvenir sobre el pasado es quizá el carácter distintivo más determinante del neocatolicismo” (1984: 129).

⁴ Rivera y Río retoma literalmente esta proclama en *La virgen del Niágara*, p. 8.

⁵ Johnson señala que si bien Lamennais no acuñó el término “democracia cristiana”, sin duda ése parecía ser el objetivo hacia el que lo llevaban sus ideas, y que se concretó con mayor claridad un siglo después (1980: 386).

⁶ Al aceptar la autoridad del Papa, en principio, Lamennais rechazaba el galicanismo y se pasaba del lado del ultramontismo. Pero esa historia no es de la incumbencia de este trabajo.

⁷ Chateaubriand se había decepcionado de las posibilidades de cambio del Vaticano, durante su desempeño en Roma como embajador (Johnson 1980: 387).

una posición en contra de sus ideas "subversivas". Las relaciones entre el bretón y la Iglesia se hicieron crecientemente tensas, y en 1834 Lamennais publicó *Palabras de un creyente* (*Paroles d'un croyant*), donde hacía un llamado a que los humanos dejaran de explotar a otros humanos, se declaraba en contra de cualquier tiranía y defendía la democracia dentro de la Iglesia.⁸ Alfredo de Paz escribe que en este libro el bretón "se encontraba con los teólogos socialistas y propugnaba un sistema asociativo que hiciese desaparecer los monopolios y la miseria" (1986: 182). En ese libro, según palabras de Cole, se manifestó, en prosa llena de entusiasmo y con frecuencia próxima en espíritu a la poesía, un completo acuerdo con el credo radical. Las *Paroles* son una declaración vehemente contra la opresión del pueblo, contra los reyes y los gobiernos dominados por la nobleza y los ricos, e igualmente contra todos los que se niegan a basar su radicalismo en los cimientos de la fe en la voluntad divina (1980: 193).

El texto en cuestión, para Paul Benichou, desató la condena final del Papa, y su ruptura personal e ideológica con el Vaticano (1984: 149). Después de la reconvencción del Papa, ya para 1836 Lamennais se había separado definitivamente de la Iglesia católica, aunque nunca fue excomulgado. El fracaso del movimiento de Lamennais significó, asimismo, la pérdida para la Iglesia francesa de no pocos escritores románticos franceses, como Victor Hugo, Alfred de Musset, Alfred de Vigny y Lamartine (Johnson 1980: 388). Entre 1838 y 1840, los textos de Lamennais (como el *Livre du Peuple*, 1838, *De l'esclavage moderne*, 1839, *Le pays et le gouvernement*, 1840)⁹ expresaron su compromiso con un régimen republicano como la mejor forma posible de gobierno.

Ya lejos de la Iglesia, Lamennais siguió produciendo escritos en los que defendía una comunidad democrática, enraizada en un cristianismo purificado; se hizo amigo de diversos escritores y activistas de la izquierda republicana, encabezó diversas causas y ayudó con generosidad a pobres y necesitados. También participó en la Asamblea Nacional como diputado, en 1848, y de nuevo en la Asamblea Constituyente de 1849. El acceso al poder de Napoleón III (1851) retiró a la vida privada a un Lamennais ya mayor y enfermo, que pasó los últimos años de su vida traduciendo el *Nuevo Testamento* y *La Divina Co-*

⁸ Rivera escribe en *Las tres aventureras*: "El amor produce el liberalismo. / Por eso el autor del *Libro del pueblo*, y de *Las palabras de un creyente*, al escribir sobre la democracia, parece que le está cantando en una lira" (3ª parte, p. 149).

⁹ Cabe mencionar que sus ataques a la monarquía contenidos en este libro lo llevaron a pasar un año (1841) en la cárcel.

media. Murió en 1854, luego de haber renunciado a los sacramentos, y fue enterrado sin ceremonia religiosa alguna en el cementerio de Père Lachaise.

La influencia de Lamennais entre los mexicanos¹⁰ no se limitó únicamente al campo de las ideas: su estilo vehemente, poético y exaltadamente romántico fue el vehículo adecuado para la difusión de sus creencias, que encontraron eco en el temperamento también romántico de nuestros escritores liberales.¹¹ Pantaleón Tovar, en *La hora de Dios*, habla de Lamennais más como un escritor que como un ideólogo:

¿Cómo comenzaremos este capítulo?

¿Como Lamennais?

Era una noche lúgubre y sombría... (p. 57).

Frente a los excesos de la monarquía, Lamennais terminó por inclinarse hacia un régimen republicano. Sus críticas a la monarquía restaurada en Francia (1851) y su alianza con la Iglesia católica, deben de haberle parecido acertadas a José Rivera y Río, quien se ocupa, a su vez, de censurar acremente la unión entre la conservadora aristocracia mexicana y parte de la alta jerarquía eclesiástica. Al bretón le irritaba, en particular, la riqueza de algunos sacerdotes, el uso de su influencia dentro de la sociedad para hacerse de bienes o administrarlos para su bienestar personal; también reprobaba que algunos sacerdotes llevaran una vida licenciosa, totalmente alejada de los principios cristianos de pobreza y humildad. Estas ideas regeneradoras y purificadoras de las prácticas reprobables de algunos sacerdotes, fomentaron una parte importante del espíritu liberal que produjo las leyes de Reforma. En esta medida, se puede decir que la fundamentación de estas leyes tenía

¹⁰ P. J. B. Buech y su catolicismo socialista también puede haber sido una influencia en México, particularmente en Nicolás Pizarro; es una veta que queda aún por explorar. Covo menciona que Ignacio Vallarta, entre 1850 y 1851, a los 20 años, tenía entre sus libros: "*Las confidencias*, de Lamartine, *Werther* de Goethe, *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et leur décadence* de Montesquieu, *Les pensées de Pascal*, *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre, *Obras completas de Figaro*, *Bug-Jargal* y *Le dernier jour d'un condamné à mort* de Victor Hugo, *Don Quijote*, *Les Mémoires de Mme. de Staël*, *Conferencias sobre Jesucristo* del padre Lacordaire, *Defensa del ensayo sobre la indiferencia en materia de religión* de Lammenais, *El Gallo Pitagórico* de Juan Bautista Morales, *Actea* de Dumas y *El conde de Montecristo*, *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, y obras de derecho penal y libros bíblicos" (Covo 1983: 313).

¹¹ Y antes de los novelistas liberales aquí considerados, entre los poetas conservadores mexicanos, véase el artículo de Pablo Mora (2001).

una base cristiana: la Iglesia debía abandonar los lujos y las vanidades y volver a sus orígenes de pobreza y humildad.¹²

Las críticas de José Rivera y Río expuestas en sus novelas concuerdan plenamente con esta posición. En ocasiones, tanto Rivera y Río como otros de los novelistas llamados sociales por Ignacio M. Altamirano, aspiran, no sólo a una depuración de las prácticas de parte de la Iglesia católica, sino una vuelta a un cristianismo más primitivo, considerado más auténtico.¹³ En *Las tres aventureras*, Rivera escribe:

La religión moderna, la del progreso y la fraternidad dictada por su Crucificado profeta y maestro, la enseña en todas sus palpitantes páginas; y desde entonces todos lloramos ante las víctimas, que amamos como a nosotros mismos: todos alimentamos una repulsión tan generosa como espontánea hacia los opresores

Los cristianos aman la humanidad.

El cristianismo es la virtud y la razón

Él ha dictado las tres primitivas leyes del código democrático:

*LIBERTAD, IGUALDAD Y FRATERNIDAD*¹ (pp. 122-123; las mayúsculas están en el original)

El lema de la Revolución Francesa¹⁴ aparece mezclado aquí con una suerte de cristianismo primitivo, más puro, más espiritual, menos contaminado por las flaquezas y los egoísmos humanos. El propio Lamennais llevó a cabo esta síntesis en su libro *Du passé et de l'avenir du peuple* (1841) (*Sobre el pasado y el porvenir del pueblo*), donde intentó una historia del "pueblo" desde sus inicios, pasando por las sociedades griega y romana, hasta llegar a la etapa cristiana. En el capítulo sobre la "Sociedad cristiana", Lamennais atribuye los ideales de la Revolución Francesa a los inicios del cristianismo:

Participando de una misma naturaleza, todos los hombres fueron iguales ante Dios, hermanos entre sí, en el sentido más estricto y más universal de

¹² En 1870 Altamirano publica *La navidad en las montañas*, donde aparece un cura de pueblo que no sólo vive de acuerdo con estos preceptos cristianos elementales, sino que ha logrado convencer a sus feligreses de hacer lo propio

¹³ En *El monedero*, cuando conocemos al padre Luis, el doctor Torreblanca se niega a aceptar una paga por atender a los enfermos de la parroquia, con el siguiente argumento: "No, señor cura, cuando usted da en todas estas cercanías el ejemplo de una caridad tan ferviente, que recuerda los olvidados tiempos de los primeros días del cristianismo" (p. 62)

¹⁴ Según Johnson, la Revolución Francesa produjo en la Iglesia católica la idea de que las tiranías son de diversos tipos: hay tiranías de la razón, ideológicas, del progreso, e incluso de la libertad, igualdad y fraternidad. En cualquier caso, existía la convicción de que era necesaria una ley divina para poner freno a las fuerzas humanas (1980: 385)

la palabra. investidos de los mismos derechos y sometidos a los mismos deberes. Igualdad, fraternidad y libertad por consecuencia; tal fue, bajo este concepto, el sumario de la doctrina evangélica, la fórmula, en cualquier aspecto, que los hombres en adelante trataron de realizar por un trabajo no interrumpido, cuyo último término era la constitución de la humanidad en la unidad perfecta (p. 44).

En la ya mencionada novela de Rivera, *Las tres aventureras*, el narrador defiende las ideas liberales y católicas de los embates de la aristocracia y de los malos sacerdotes en los siguientes términos:

¡Heregía y locura!

De esto nos acusan las clases privilegiadas, cuando en el Evangelio hemos leído los derechos de la humanidad, cuando las profecías sagradas nos prometen su rehabilitación.

¡Es para ellos extravío de la razón, las leyes de libertad, igualdad y fraternidad!

Acordémonos que Jesucristo murió en el suplicio de la cruz por sedicioso (3ª parte, p. 4).¹⁵

En *Esqueletos sociales*, del mismo Rivera y Río, el filósofo Felipe en su Catecismo titulado "Igualdad, libertad, fraternidad", plantea de manera abierta el credo liberal, aunado a los ideales de la Revolución Francesa y a la aspiración de un cristianismo más fundamental y puro. Otra coincidencia entre estos dos hombres es perceptible en la defensa que ambos hacen de los pobres y miserables, frente a cualquier forma de opresión.

También de la época de la Revolución Francesa provienen las referencias a Dios en estas novelas mexicanas como el "Divino Autor" (T \ 207-208), o "el Hacedor del mundo" (ID 25). Otro ejemplo aparece en *El hambre y el oro*, donde se habla de "la naturaleza, nuestra señora y madre, obra sublime del Creador, recibiendo su poder de la Inteligencia Infinita!" (p. 40).

En *La coqueta*, la voz narrativa, en este caso plenamente identificable con la del autor Nicolás Pizarro, también concuerda respecto de la necesidad de la religión para la vida social, en los siguientes términos:

La religión es la creencia que cada uno tiene respecto de la divinidad, y del modo con que debe honrarse y venerarse, mientras que los sacerdotes son únicamente los ministros del culto público que tal creencia produce. La

¹⁵ Para el canónigo Contreras, en *Fatalidad y providencia*, libertad e impiedad son sinónimos (p. 220).

religión, en sí misma, es siempre buena y necesaria para la sociedad, mientras que los ministros son buenos o malos según sus pasiones, y conforme cumplen o no con lo que enseñan, que si son malos, por cualquier causa, debe estorbárseles que hagan el mal (p. 60)

Así lo afirma igualmente Andrés Iturbide, de manera explícita en la misma novela, al defender al gobierno constitucional de Benito Juárez: "La religión, en sí misma, es siempre buena y necesaria para la sociedad, mientras que los ministros son buenos o malos según sus pasiones" (*Ibid.*).

Importa insistir, pues, que no se trata, en ningún momento de esta etapa de la defensa de la ideología liberal, en las líneas de estos novelistas, de prescindir de la religión,¹⁶ ni de los sentimientos religiosos: recordemos la cita de *Las tres aventureras* (p. 453) incluida arriba. De hecho, siguiendo probablemente de nuevo a Lamennais, estos novelistas liberales sostienen que la religión no sólo es un factor importante para el orden social, sino necesario (Oldfield 1973: 63).

Otra huella de la Revolución Francesa aparece en *El hambre y el oro* de José Rivera y Río, cuando Julián le cuenta a Cecilia que ha asistido a una reunión donde fundarán "la fraternidad universal" (p. 14). Al salir de la casa de su amiga, lo hace cantando la Marsellesa (p. 32). En un lenguaje similar envuelve Pantaleón Tovar a Gerónimo, el protagonista de *La hora de Dios*:

En política era de los hombres que creen, que desean, que buscan el progreso
Porque el amor es progreso, puesto que es una aspiración a la perfectibilidad
Sus escritos respiraban esos sentimientos fraternales, que realizados,
harían que los hombres fueran enlazados de la mano al porvenir (p. 11)

La declaración de la igualdad entre los hombres, también proveniente de la Revolución Francesa, aparece con cierta frecuencia en las novelas románticas. Lamennais, siguiendo a Rousseau, era un creyente y un defensor de la igualdad entre los hombres. Inspirado por esta misma idea, el folletínista y dandy francés Eugenio Sue, en *Los misterios de París*, incluye a unos personajes incidentales de raza negra, a quienes, al menos en el nivel declarativo, considera como iguales. Sin embargo, el trato de igualdad queda relegado para el otro mundo y no para éste (1: 142). Algo similar sucede en las novelas de Rivera: si bien los héroes provienen sobre todo de las clases medias, ocasionalmente aparece algún indio e incluso algún negro. El narrador defiende la igualdad entre

¹⁶ El caso de Francisco Zarco es la excepción a la regla

los hombres y condena explícitamente el racismo hacia indios y negros de uno de los personajes en *Fatalidad y providencia*, pero en la práctica —igual que en la novela de Sue— la justicia para ellos se pospone para el “otro mundo”.¹⁷

Lamennais no sólo creía en la religión como la base de la solidaridad social (Oldfield 1973: 100), sino, en particular, en el cristianismo como una doctrina de regeneración terrena (Benichou 1984: 143). Pizarro, en *La coqueta*, declara a través de Andrés:

Los verdaderos liberales son y deben ser así, tolerantes y sinceramente piadosos, siquiera porque la obra que han emprendido, de regenerar a todo un pueblo, es tan grande, que sin el auxilio del Todopoderoso, nunca llegarán a darle cima (p. 63)

Y en *El monedero*, del mismo autor, el padre Luis hace, entre otras, las siguientes reflexiones, antes de decidirse a ayudar a Fernando Hénkel:

Veamos lo que la divina sabiduría ha inspirado a los primitivos cristianos [] porque me parece que mientras la actual civilización no se depure, volviendo a las doctrinas que han regenerado al mundo, y que ahora parecen olvidadas, no podrá levantarse de la abyección en que la ha hundido el egoísmo, ni liberarse de la impotencia para el bien, en pos del cual se fatiga vanamente (pp. 78-79).

Los valores implícitos y explícitos en las novelas de Rivera Río también participan de estas ideas, pues en ellas el punto de partida es que la sociedad funcionaría mejor si los ricos se rigieran con valores cristianos como la piedad, la compasión, la caridad y la generosidad. Pantaleón Tovar, por su parte, al iniciar *La hora de Dios*, establece quiénes no son los destinatarios de su libro: “los que no sientan su alma capaz de los grandes sacrificios, de la fe que vivifica, de la esperanza que fortalece, de la resignación que salva, que cierren estas hojas. Yo las hemos escrito para ellos” (p. 7).

Si bien, como ya se dijo, las ideas de Lamennais subyacen en varias de las novelas de Rivera, en *Esqueletos sociales* no sólo lo menciona y lo cita ampliamente, sino que abiertamente recomienda su lectura: “Recomendamos mucho a nuestros lectores el *Libro del pueblo* y sus *Palabras de un creyente*, si quieren ponerse a la altura de nuestro desventurado personaje”.

¹⁷ Esto se afirma sin ánimo de minimizar la preeminencia supuesta de la justicia divina, eterna, inescapable, por encima de la justicia humana (Benichou 1984: 127)

Así como Felipe se había hecho demócrata leyendo a este famoso escritor, en su sistema político adoraba a Girardin,¹⁸ que ha emancipado a la humanidad de todos los yugos [...].

Felipe y sus correligionarios, con mejor concepto de la humanidad, buscan su perfección: la paz en el presente, y el progreso en el porvenir (es 215)

Los personajes de Rivera que no practican estas mismas virtudes están claramente colocados del lado oscuro y malvado de la vida, y reciben un castigo adecuado (si son personajes protagónicos, en este mundo; si son secundarios, en el siguiente). Como Lammenais, Rivera parece creer que un cambio en las creencias y en las prácticas de la sociedad traerá consigo un cambio en el ámbito político (Oldfield 1973: 80). La misma idea aparece, por cierto, en *Los misterios de París* de Eugenio Sue, no sólo en las declaraciones de Rodolfo (“... o os olvidéis de que el ser rico [...] es tener mucho que dar”, I: 129), sino de manera muy importante, en sus acciones. Esta conminación, tanto de Sue como de Rivera y Río, alberga un cierto paternalismo hacia los pobres, al dirigirse a los ricos y apelar a su compasión y caridad para mejorar la situación de los menos favorecidos.¹⁹ Se trataría, en última instancia, de una especie de “filantropía paternalista” como la expresada por Vicente Méndez en un artículo recopilado por Covo en el Anexo XVI (588-592) denominado “Pobres y ricos” —igual que una novela de Rivera—, publicada en *El Siglo XIX* (19 de mayo de 1856). En *Mártires y verdugos* escribe: “Ahora; si creéis, gozad esperando las dulces promesas del cristianismo, haciendo el bien de los menesterosos, procurando aliaros con el pueblo, libertándolo de la esclavitud que le impusierais” (pp. 94-95).

¹⁸ Saint-Marc Girardin, mejor conocido simplemente como Marc Girardin (1801-1873) escribió textos tanto literarios como políticos. Fue defensor de la burguesía liberal en encendidos artículos publicados en *Le Journal des Débats*. Algunos de sus títulos incluyen *Éloge à Le Sage* (1826), *Curso de literatura dramática o Sobre el empleo de las pasiones en el drama* (1843-1863), *Souvenirs et réflexions politiques d'un journaliste* (1859), *De la formation du public en France* (1869) y *Étude sur Jean-Jacques Rousseau* (1870). Quedan por rastrear otras menciones a este escritor entre los mexicanos decimonónicos.

¹⁹ Los liberales se oponían a leyes específicas que protegieran a los más débiles, aduciendo que ello se opondría a la idea de igualdad entre todos los hombres. De hecho, a fin de terminar con los privilegios, en el sentido literal (leyes privadas), y de tratar de la misma manera a todos los hombres, se abolieron los tribunales eclesiásticos y los tribunales. Ante la ausencia de estas leyes, algunos liberales, como los novelistas sociales, parecen sugerir la caridad cristiana, que podría, en alguna mínima medida, paliar las desigualdades, por ejemplo, entre pobres y ricos.

Rivera, de nuevo como Lamennais, no se limita a exigir un castigo para los infractores de las leyes cristianas, sino que acepta, e incluso aprueba la rebeldía y la oposición de parte de las víctimas, cuando emprenden algún tipo de acciones en contra de sus verdugos. según el bretón. cuando "el pueblo" se veía sometido a una tiranía, tenía derecho a oponerse. Así, en *Mártires y verdugos*. el gbrador Ricardo hiere con un puñal al catrín Félix, marcándolo de por vida. Además, de intentar huir, el calavera cae, se rompe la pierna, que— en un exceso melodramático—debe luego ser amputada. El narrador comenta^e

Ojalá que ese pueblo tan sufrido escarmentase a los seductores que se arrojan a turbar la paz doméstica de las familias, deshonorando a las vírgenes y cubriendo de baldón a los padres.

Toda vez que un puñal sea la [*sic*] arma de la reparación, lo consideramos como el rayo de la justicia popular

En el suplicio de Félix había algo de las expiaciones mitológicas que los pueblos antiguos conservaban como sublimes modelos contra la impunidad (p. 239).

La misma idea está presente en *Los misterios de París*: "a la violencia que mata", Rodolfo "opone la violencia que redime" (1: 144).

En los novelistas sociales mexicanos convivían dos tendencias contradictorias. Por un lado, defendían el liberalismo, cuya base y fundamento es el individuo; pero por otro, el nuevo movimiento religioso, impulsado entre otros por Lamennais, censuraba precisamente a ese individualismo, en la medida en que no reconocía las más elementales solidaridades sociales.

Lamennais, como Joseph de Maistre²⁰ y Chateaubriand, creía que la religión era la base de todo orden social. También como Rousseau, Lamennais creía en la necesidad social de la religión y en el carácter sublime de un cristianismo puro, con un sentimiento moral. Junto con De Maistre, el bretón consideraba que el cristianismo era incluso anterior a Cristo, vinculado a una Revelación divina que estaba en el origen de la historia de los hombres y le da un significado a los sucesos y eventos.

i bien algunas de las preocupaciones de Lamennais no fueron planteadas originalmente por él, y pueden considerarse como parte del *Zeitgeist*, puesto que eran exploradas por otros pensadores, es posible señalar al bretón como una de las referencias importantes para los

²⁰ Autor de *Considérations sur la France* (1796), donde expone sus teorías místicas

novelistas sociales mexicanos. Los escritos del bretón encontraron resonancias entre los de los autores mexicanos aquí mencionados, en las áreas del liberalismo y la religión, vertidas en el campo literario. Entre estas tendencias que ya habían sido planteadas por contemporáneos a Lamennais, o por pensadores previos a él, podemos mencionar la siguiente: la vinculación de la religión con la libertad, propuesta por Joseph de Maistre (1753-1821)²¹ y François Auguste René Chateaubriand (1768-1848); la consideración de la fe religiosa como un asunto más del corazón que de la razón, presente, entre otros escritores, en Chateaubriand y Blaise Pascal (1623-1662); la creencia en que los hombres poseen una religiosidad básica, mencionada también por Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), Louis-Gabriel-Ambroise de Bonald (1754-1840) y Benjamin Constant (1767-1830); la tolerancia a todos los cultos, planteada en la Declaración de los derechos del hombre; o la propuesta de depurar las prácticas reprobables entre algunos sacerdotes y volver a la pobreza, la humildad y la castidad, es decir, a un cristianismo más simple, que también fue planteada por Pascal, Rousseau y Constant.

De Lamennais, pues, hechas las aclaraciones previas, lo que atrajo a los novelistas sociales, por coincidir con sus propias tendencias, podemos mencionar los siguientes elementos: 1) la idea de que la religión debe encontrarse en la base de toda sociedad.²² De esta primera idea se desprende 2) la creencia en el papel regenerador de la religión dentro de la sociedad, en la medida en que plantea códigos morales de conducta que son benéficos, y que los hombres pueden unirse con la sociedad a través de su participación común en la verdad. 3) La tolerancia hacia la práctica de todos los cultos. 4) La idea de que el régimen republicano es el mejor de todos. 5) La necesidad de renovar y actualizar a la Iglesia católica, y volver hacia prácticas más antiguas, y, por tanto, más auténticas del cristianismo. De este punto se desprende el siguiente: 6) la idea de que es necesario practicar las virtudes cristianas como la caridad y la solidaridad con los más necesitados, los pobres y los desgraciados. Para concluir, hay que insistir en que todos estos planteamientos fueron expresados en el lenguaje altamente emotivo y

²¹ En *Du Pape* (1819) de Maistre reafirmaba la doctrina de la infalibilidad papal (Johnson 1980 384)

Incluso Voltaire siempre subrayó la necesidad, de parte del Estado, de una religión que sirviera para que la gente común y corriente aceptara las reglas diarias de la sociedad (Johnson 1980 362)

vehemente propio del romanticismo, en el que estos novelistas sociales se involucraron gustosamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamirano, Ignacio Manuel, *La Navidad en las montañas*, en *Obras completas*, vol. III: *Novelas y cuentos*, tomo I, ed. José Luis Martínez, México, SEP, 1986, pp. 95-152
- Benichou, Paul, *El tiempo de los profetas*, trad. Aurelio Garzón del Camino, México, FCL, 1984
- Cole, G. D. H., *Historia del pensamiento socialista los precursores 1789-1850*, trad. Rubén Landa, 5ª reimpr., México, FCE, 1980
- Covo, Jacqueline, *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, trad. María Francisca Mounier-Martínez, México, UNAM, 1983.
- Johnson, Paul, *A History of Christianity* (1976), Harmondsworth, Pelican Books, 1980.
- Lamennais, Roberto, *Sobre el pasado y el porvenir del pueblo*, trad. Carlos Hies, Barcelona, Casa Editorial Sopena, s.f.
- Mora, Pablo, "Manuel Carpio: poeta entre ruinas", *Literatura Mexicana*, 111 (2000), pp. 95-111
- . "Restauración y catolicismo en las letras de México: 1830-1850", en Rafael Olea, ed., *Literatura mexicana del otro fin de siglo*, México, El Colegio de México, 2001, pp. 615-630.
- Oldfield, John J., *The problem of tolerance and social existence in the writings of Félicité Lamennais 1809-1831 studies in the history of Christian thought*, ed. Heiko A., Oberman. vol. VII, Leiden, E. J. Brill, 1973
- De Paz, Alfredo, *La revolución romántica*, trad. Mar García Lozano, Madrid, Tecnos, 1986
- Pizarro, Nicolás (1861), *La coqueta*, México, Publicaciones y Bibliotecas Cultura Secretaría de Educación Pública-Premiá, 1982 (col. *La Matraca*, 9)
- . *El monedero*, México, Imprenta de N. Pizarro, 1861
- Reyes Heróles, Jesús, *El liberalismo en pocas palabras*, selección de Adolfo Astaión y Otto Granados, México, I C E / SEP, 1985 (col. *Sepsetentas*, 100)
- Rivera y Río, José, *Las tres aventureras*, México, Tipografía de Nabor Chávez, 1861
- . *Fatalidad y providencia*, México, Impr. De V. G. Torres, 1861
- . *Mártires y verdugos*, México, Tipografía de Nabor Chávez, 1861
- . *El hambre y el oro*, México, Imprenta de J. Rivera, hijo y comp., 1869
- . *Libro primero de lectura* (¿1869?)
- . *Esqueletos sociales*, México, Imprenta de J. Rivera, hijo y comp., 1870

- *La virgen del Niágara*, México, Imprenta Litográfica y tipográfica de J. Rivera, hijo y comp., 1871.
- *Pobres y ricos de México*. 3ª ed., México, Imprenta de la Librería Hispano-mexicana, 1884
- Sue, Eugenio, *Los misterios de París*, 2 vols., 526, trad. México, Porrúa, 1987 (col *Sepan cuantos*, 525).
- Tovar, Pantaleón, *La hora de Dios novela de costumbres mejicanas*, La Habana, Villa y hermano. impresores. 1865